

# ESE SOL QUE MATO EL INVIERNO



ESTHER FELDMAN

TEL AVIV - ISRAEL  
1996

# **ESE SOL QUE MATO EL INVIERNO**

por Esther Feldman ©

**Tel Aviv Israel 1996**

Diseño Gráfico, Producción e Impresión Abel Duvilanski

AIEPAC



MEXICO

Medellín, Cal., Septiembre 23 de

Sra.

Ester Feldman

Bulnes 1420-9<sup>to</sup> B, entre Gerriti y Menduras

Buenos Aires-Rep. Argentina

De mi consideración:

Me complace comunicarle, que la Asociación Iberoamericana de Escritores y Periodistas Asociación Civil-AC-AI de México, por mi intermedio, le ha concedido el máximo galardón que nuestra entidad internacional señala a escritores, artistas e intelectuales en general, a quienes se ha distinguido dentro de su país y por estrechamiento de las relaciones culturales entre México y países de Iberoamérica.

El Códice de plata que esta Secretaría solicitó a la Matriz de México, para Ud. por sus méritos de poetisa y escritora, fue aprobada en Julio p/pde., acompañada del correspondiente pergamino categoría oro, cuyas altas presencias las he remitido Ud. por intermedio de mi hija, su conocida amiga, con quien desde ya le agradece por el lado de familia. Con ella le envié fotocopia de los Estatutos de la AIEPAC, agradecerle ubicar (si le es posible) a las Vocales de Argentina, la poetisa Alida de Fuentes y al escritor, Dr. Guillermo Cabanellas de Torres, para que ellos y otras escritoras presidan la ceremonia de condecoración. Una breve explicación para Ud: EL TLACUILO (indio Asteca que está en la medalla, era el antiguo cronista Asteca que escribía las pequeñas y grandes historias y tradiciones de su raza.

Espero su carta de recibo de las presencias.

"LOS PUEBOS SON LIBRES CUANDO ES LIBRE EL INDIVIDUO"



ASOCIACION IBEROAMERICANA DE ESCRITORES Y PERIODISTAS, A. C.

Torre Latinoamericana - Piso 11 - Zona T161 - Mexico D. F.  
en Puebla, Pue., Mex., Av. H. A. Carrasco 209-2  
Capítulo de Ibarra, Ecuador, Apartado Aéreo 87  
Of. Internacional Medellín - Colombia - Apartado Aéreo 11701

Medellín, Col., 8 de Agosto de 1967

ATEPAC



MEXICO

Sra.

Ester Feldman

Buines 1420- 92° B, entre Gurruti y Honduras

Buenos Aires, Rep. Argentina

Atentamente:

Permítame Ud. brindarle mi más cordial y grato saludo, recordándole que posiblemente no será larga la espera para tener el placer de verla personalmente allí en el gran Buenos Aires; yo creo que es muy justo visitar su hermoso país, ya que siempre ha sido de mi afecto sincero desde que tuve la suerte de conocer su país, hace más de treinta años. En tanto lo que mi hija se ha contactado de su trayectoria y prestancia dentro de las letras argentinas, que acabo de apreciarla mejor a través de sus "CUENTOS JOVENES", "HES SOL QUE NATO EL VIENTO" y "OJOS DE VIENTOS AZUL", cuya producción literaria cuya la he apreciado en lo que vale: muchas gracias por su inmensa gentileza al haberme enviado su extraordinaria "muestra". No faltará ocasión y lectura a espacio, para intentar un modesto comentario. Espero ya haya recibido mi anterior comunicación que le envié por conducto de mi hija. Le agradezco su gentileza por cualquier publicación que Ud. y su revista "RAYUELA" propalen en alguna de sus ediciones ordinarias, de algo más, aunque, en vez de una entrevista tan sencilla como la que envié, hubiera preferido alguna colaboración más de fondo; en fin, ya llegará el momento de ofrecerle otras de mis modestas colaboraciones.

Aparte: Por la sencillez de la

ASOCIACION IBEROAMERICANA DE ESCRITORES Y PERIODISTAS A.C. de México, que se honra en representar en mi condición de Secretario Coordinador Internacional, se ha propalado por medio de los medios de comunicación de Argentina la postulación de su nombre como la Secretaria -Consejera Espal. en su país, ya que el maestro Jorge Luis Borges, con su desaparición, dejó esa vacante. Allí estableceré con Ud. dicha secretaria.

ASOCIACION IBEROAMERICANA DE ESCRITORES Y PERIODISTAS, A. C.

Torre Leñaneros - P.O. 27 - Zona 1801 - México D. F.

en Puebla, Pue. Mex., Av. Pl. A. Carache 209-J

Capítulo de Barranquilla, Apartado Aéreo 87

EN: Internacional Medellín - Colombia - Apartado Aéreo 16163

## **PROLOGO**

***Por un mundo mejor.***

***Por una Conciencia más elevada.***

***La Tierra es de Todos.***

***El Cielo es de Todos.***

***Abramos nuestras alas de luz.***

***Aprendamos a volar.***

Los trágicos sucesos en "Las Malvinas" movilizaron mi corazón de mujer, de madre, de trabajadora por la Paz, mi máximo anhelo.

Aquí, ahora, ya no podría escribir sobre la Guerra. En los últimos años hubo tantas en el mundo: religiosas, territoriales, intereses creados. SOLO EXCUSAS.

La Guerra se genera en el corazón, en el pensamiento.

Cuando comprendamos, que hemos nacido para vivir en armonía con el Universo.

Cuando comprendamos, que nuestra naturaleza es divina,. Nacerá el HOMBRE NUEVO.

El auto respeto, romperá los diques internos que encierran: al Amor, la Dignidad, la Paz, la Alegría.

Entonces y sólo entonces la bandera de la Paz flameará sobre la Tierra.

Este libro está dedicado a uno de los valores más importantes, al respeto, y en especial al "RESPETO POR LA VIDA"

ESTHER FELDMAN

## **SEGÚN TRASCENDIÓ...**

...de fuentes seguras, en los primeros años de la dictadura militar instaurada tras el golpe del 24-3-1976 el equipo económico encabezado por Martínez de Hoz intentó ligar la explotación del subsuelo, con espectaculares beneficios para las empresas vinculadas con el ex-ministro.

La disputa con Gran Bretaña por la soberanía de las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. El proceso habría ofrecido al gobierno y capitales británicos, entregar la explotación de hidrocarburos del mar austral, a cambio de la restitución de los derechos sobre el archipiélago. Esta "recuperación" formal de ja soberanía sería presentada ante la opinión pública como un éxito diplomático del régimen castrense.

Ante el rechazo de Londres, Martínez de Hoz mantuvo reuniones de alto nivel en la capital inglesa generando malestares en la Cancillería, entonces controlada por la Armada.

La mira giró hacia los Estados Unidos y el plan adquirió connotaciones de características tales, que culminaron en la guerra del Atlántico Sur. Las FF.AA., impulsadas por el equipo económico, ofrecieron a Washington el control de la explotación petrolera en el Atlántico Sur, con todo tipo de garantías.

La instalación de una base militar en las Malvinas y actuar como fuerza de choque en Centroamérica a cambio del apoyo; ante un hipotético enfrentamiento bélico con

Gran Bretaña.

Está fresco el recuerdo del resultado final: hubo enfrentamiento militar y derrota de las fuerzas argentinas; la administración Reagan actuó en favor de sus aliados de la OTAN y en contra de las fuerzas Rioplatenses.

Años después en el estudio Klein & Mairal, los diputados que investigaron el traspaso de la ítalo al Estado, encontrarían un dossier con una suerte de "plan de operaciones" para la explotación de hidrocarburos en la zona de las Malvinas.

Todo elaborado en base a información provista por los servicios de inteligencia castrense, el plan de entrega de las riquezas nacionales. Este propone conceder a un consorcio internacional (capitales ingleses, americanos y grupos económicos de la oligarquía local), la explotación petrolífera en el área que va desde la costa hasta las islas Georgias. Este proyecto debía entrar en actividad en 1982.

Mediante un arriendo de una plataforma marítima del Mar del Norte. Operada por YPF y por el grupo Roberts, probablemente la Shell.

Diario "La Voz" Jueves 11-10-1984



## **Biografía del Autor** **Esther Feldman**

Esther Feldman, Nacida en la ciudad de Lanús, ha pasado por diversas experiencias literarias, para adoptar forma y estilo que definen su obra, poemas, cuentos, notas periodísticas, novelas.

Concurrió a los talleres literarios de Inés Malinow y a la SADE; siendo sus coordinadores Luisa Mercedes Levinson, Syria Poletti y Marco Denevi.

En la escuela Superior de Periodismo asistió durante tres años a la "Escuela de Escritores". Allí conoció al lingüista José Luis Hernández Izquierdo, decano de la entidad.

Durante seis años fue su maestro de etimología, semántica sinomia, sintaxis y estilo.

Esther, publicó sus primeros poemas en diarios locales "La vida de Lanús", "La Idea de Remedios de Escalada", "Diario de la Cultura de Avelaneda", "Revista del Rotary Club".

Posteriormente sus poemas son publicados en la revista "Vosotras" y muchas otras.

A partir de 1975 editó "Cuentos Jóvenes" su primer libro de cuentos y en el 77 "Poemas de Siempre".

A partir de entonces, además de escribir, difunde la obra de otros creadores. Preside la Comisión Directiva de la Galería de Arte "Lola Mora" donde exponen pintores consagrados y noveles.

Alternando las muestras, se organizan charlas, conferencias y recitales poéticos.

Años más tarde realiza la misma tarea de difusión cultural, en el Banco Credicoop (filial no.14) donde organiza la comisión de Cultura,. En el año 1979, aunando su esfuerzo con otros trabajadores de la Cultura, dan vida a la "Cooperativa de Trabajo Artístico" "Aunarte". La Cooperativa edita una revista donde ocupa el cargo de Jefe de Redacción.

En el año 1982 forma parte de la Comisión Organizadora de "SEPTIEMBRE LITERARIO" (Libro Abierto).

Durante el año 1983 coordina el Taller Literario de la Institución, paralelamente organiza recitales poético-musicales, aunando la obra de poetas latinoamericanos.

Escribe notas para una revista de turismo y colabora con publicaciones del interior del país.

Antes de hacer Alía es nombrada por la "AIEPAC" presidenta de dicha organización en Argentina y Uruguay, vacante dejada por Jorge Luis Borges. Además le es otorgado el "**Tlacüilo de Plata**" y el "**Diploma Categoría de Oro**" por sus cuentos y notas periodísticas.

## ÍNDICE

<b>Desde la Trinchera</b>	<b>1</b>
<b>Una lágrima</b>	<b>2</b>
<b>El Aparecido</b>	<b>5</b>
<b>Nubes Negras</b>	<b>8</b>
<b>Kelpers</b>	<b>10</b>
<b>Y fue un Sol Celeste</b>	<b>13</b>
<b>En cualquier lugar y siempre</b>	<b>15</b>
<b>Ese Sol que mató el Invierno</b>	<b>18</b>
<b>No llores mamá aquí nacerá una flor</b>	<b>20</b>
<b>Ojos de vidrio azul</b>	<b>23</b>
<b>Tal vez resistan</b>	<b>27</b>
<b>Adiós al Ángel</b>	<b>31</b>



Mas Alla de Este Tiempo  
Mira... mira...  
Hay un Pájaro blanco en tu ventana.  
La mañana florece entre los lirios.  
Mueve tus alas,  
sube no temas.  
Rompe los cerrojos del miedo,  
que el sol te espera,  
y las estrellas,  
polvo iluminado,  
acarician tu pelo.  
No temas.  
Mira la puerta del futuro.  
tiene flores cubiertas todavía.  
Pero son perfumadas,  
y están abiertas,  
esperándote, esperándome.  
Mira, pero no vuelvas la cabeza,  
porque esto que ven tus ojos,  
ya se transformó en ceniza,  
no existe,  
olvidalo y acompáñame.  
Te mostraré los colores,  
de un mundo nuevo perfecto.  
Mira...mira...,  
qué horizonte violeta.  
Más allá de los veleros,  
más allá de la espuma,  
tan verde.  
Existe un puerto.  
Cuando llegues,  
abraza la pureza de su gente.  
Tiéndele tus manos, sonríe.  
Más allá de este tiempo,  
más allá del horizonte.  
Hay un puerto,  
un puerto de paz.

Esther Feldman

## DESDE LA TRINCHERA

De espaldas sobre el barro lo cubrió la noche. Todo era confuso, el rugido del mar, el viento, apunten... y otra vez las esquirolas. Una se clavó en la sombra, el pecho se elevó en un quejido y, no fue la esquirola. Giraron las pupilas, y otra vez el rumor, más y más lejano.

Los labios esbozaron una mueca que quiso ser sonrisa o solo eso, una mueca.

Lo contempló el silencio que se instaló a su lado, azul, azul como un lagarto, frío como el Océano que agredía la costa. El silencio observó la herida, sangraba. Más allá, *la* tierra mostraba una mancha morada, casi negra; un medallón viscoso, congelándose.

El viento silbante lastimaba su retina y los párpados cayeron sobre las húmedas pupilas.

"Arriba que ya es hora" "Qué frío, ¿no mamá?, volveré te lo prometo, me necesita la patria", "pero, qué frío" "el asfalto y el cielo, todo tan gris hasta la lluvia" "ella me tiende las manos, ella corre tras el tren, un punto que se borra en la tarde lluviosa" "y solo quedaron sus manos flotando en el andén, dámelas, no me dejes en este charco, mira la bandera mamá, en la franja del medio tiene un sol que sangra, que mancha el celeste" "Ayer te soñé y me gustó tu mirada... cruzabas el mapa y te multiplicabas en praderas, ríos, cordilleras.

Eran tantas antorchas iluminando América y era la justicia desatando los vientos del planeta. Seguí avanzando, madre, por mi recuerdo, por los que van a caer en otra parte no importa cuándo ni dónde.

Las voces se confunden con el viento, con el rugido del mar. Cuida la llama de tu antorcha, madre. Y ahora, dame tus manos blancas, como la estrella que me obsequiaron al nacer. En cambio la noche es azul, azul como un lagarto, fría como el océano que agrede la costa. Y aquí, la estrella que nos regalan al nacer, también ha muerto.

## UNA LAGRIMA

26 de Marzo, y en Plaza de Mayo crecía la multitud. Manos en alto, voces clamando: pan, libertad, gritos, gases. El general estaba serio. El 2 de Abril lo aclamaban. "Las Malvinas son argentinas". "Canten más fuerte, más alto", miles de banderas en la plaza. Ese día, arreado el pabellón inglés, la vi flamear desafiando las frías ráfagas en Puerto Argentino. "Azul una aala del color del cieelo, azul un aala del color del maaar... así en lo alto, aurora irradial. Punta de flecha el áureo rostro imiita..." Éramos un grupo de diestros tiradores, distinguidos para llevar adelante la gloriosa misión. Sonrió a mi ingenuidad de argentino, y me preguntó, ¿es posible que gente grande juegue a la guerra? ¿o hay algo más?. Pienso que sí y no me resigno. Ya no puedo alzar mi puño desafiante, porque el muñón del único brazo que tengo se aquietta sobre la sábana. Y, no duermo, no puedo dormir; pensando en los pactos que silencian las verdades. Cuando era chico y me desvelaba, tenía mi caja de música. Ayer se la pedí a mamá, y me la trajo al hospital. Las cajitas de música no envejecen, esta parece recién comprada. Antes de irse, mamá, le dio cuerda y la figurita volvió a moverse graciosa. Como la primera vez, me conmovió su perfil rosa—pálido. El pelo recogido en un rodete, una de las orejas descubriendo sinuoso laberinto, la otra se oculta entre los pliegues de un jazmín de satén. Pero la bailarina tiene los pies esclavos. Cuando

cesó la música, quedó inmóvil sobre el dragón mitológico tallado en la tapa. Yo la seguía mirando y me pareció que estaba otra vez en casa.

La noche era fría y la fiebre no bajaba. Mamá se paseaba por la habitación torturándose las manos. Tenía que ir a trabajar y no quería dejarme solo. Del frío me daba diente con diente. Ella me cubrió con otra manta y fue a la cocina. Preparó la bolsa de agua caliente y la puso en mis pies. Luego, se acercó a la ventana y corrió las cortinas. El cielo estaba cubierto, y los árboles en el jardín, parecían murciélagos. Temí que entraran, pero a mamá le insistí que se fuera. Antes de salir, me dejó sobre la mesa de luz, la antigüedad que guardaba en el armario, y no me dejaba tocar.

Tibias ráfagas empujaban la tormenta. Imaginé puños crispados golpeando la ventana. Me sentó. La toalla que protegía mis pies se deslizó. El contacto con la bolsa fue tan doloroso que grité. No hubo eco. Para esconderme de los fantasmas metí la cabeza bajo las mantas, pero me asfixiaba. Desesperado busqué protección en la caja. Cuando la abrí; me encontré con la oblicua mirada de la bailarina, y su belleza me sobrecogió. Enamorado; mis dedos recorrieron el perfil rosa—pálido, el laberinto de la oreja descubierta.

Me olvidé del ardor, de los fantasmas. Le di cuerda; su boca al girar: sonreía. Cuando cesaron los acordes, cerré la tapa, abrazándola me dormí.

En el interior de la caja, la bailarina se evade. Los ojos oblicuos encienden estrellas sobre la playa inventada. Y el mar azul le acerca rumores, confundiéndola. En la celeste oscuridad, la figura gira y gira... Está cansada de bailar cuando quieren los demás. Los chicos que la tuvieron, la hicieron girar hasta romperle la cuerda. Los ojos se le achican de desprecio al recordarlo. Yolanda, la había encontrado ya rota. Cubierta de polvo en una casa de remate. Al limpiarla apareció el dragón mitológico liberando su eterno fuego.

Los diminutos pies se hunden en las arenas y, gaviotas asustadas echan a volar... Ella ríe, carcajada franca que late sobre el mar. De pronto se estremece, el rumor, es un torrente de lágrimas. La caja descansaba junto al lecho de Esteban. Quiso acariciarla como entonces pero el muñón se agitó, y volvió a su sitio impotente. Cuando pasó el oficial de turno, se asombró al verla. — Sos grande para los juguetes... — ¿Y a usted... qué...? No siguió hablando, ya lo habían mandado a psiquiatría por contestar. La rabia contenida le dolía en el pecho y deseó golpearlo.

El viento arreciaba y los árboles murciélagos golpeaban la ventana con crispados puños. Una ráfaga la abrió volteando el florero. El agua formó junto a la cama un pequeño charco. Esteban, se despertó porque la noche y la tormenta estaban dentro: mirándolo. Lloraba, lloraba apretando la caja contra su pecho. La bailarina temblaba. Chorreaba... su pelo, el jazmín. Las estrellas, los colores del mapa, las olas... Ella, quiso intentar otro sueño. Desistió, y volvió su antigua pregunta. ¿Para quién bailaba?

Desde afuera el llanto le llegó doliente. Fijó su mirada en los ojos de Esteban. Lagos asombrados mostrándole un cielo auténtico. La sala del hospital se pobló de quejas y lamentos, pero Esteban dormía. Un hilo de luz teñía de rosa el mágico rincón. El niño descendió, lanzó un grito; los pies de la bailarina estaban libres. El grito nacía desde la noche del tiempo, desde los siglos. Entonces, se dieron la mano y atravesaron el futuro. Iban hacia la punta del mapa donde gaviotas y petreles lanzan su vuelo hacia el sur.

## EL APARECIDO

El viento agitaba las ramas de los árboles que bordean el caudaloso Paraná. La tupida vegetación contrastaba con las desnudas piedras besadas por las aguas amarillas, y más allá, en un recodo, la vieja Casona de los Godoy. Esa noche, Antonia, demoraba en acostarse. Desde la ventana vio las nubes bajas sobre el cielo nocturno; el croar de las ranas había desaparecido y la atmósfera se tornó agobiante. Se sobresaltó al oír el estampido de los primeros gotones, y sentóse a tejer a la luz de la lámpara; pero una creciente inquietud se lo impedía. La tormenta que arreciaba hacía chirriar, puertas y ventanas; se persignó, y soltando el tejido se hincó a rezar.

La mirada temerosa buscó el crucifijo en la pared invocando ayuda divina para clavarse en la foto del hijo ausente, y se dejó estar, invadida por los recuerdos. Un golpecito hizo que volviera la cabeza hacia la puerta principal. "¿Quién puede ser a esta hora?" pensó asustada y, fue en la fracción de segundo que tarda el viento en arreciar su fuerza cuando escuchó el llamado "Mamá, abríme" que apagó un trueno perdiéndose a lo lejos. Antonia, se incorporó trastabillando; al hacerlo no pudo evitar que su cuerpo chocase con la lámpara.

Sólo quedaron las llamas azul naranja del hogar, devorando la sombra. Tambaleante se acercó al fuego; los golpes y el llamado se repetían. Trató de pensar con claridad, pero el corazón le estallaba. La boca seca dio paso a la saliva y las ideas se atropellaron confundiéndola. "Es la voz de Velmiro, no puede, no puede ser; el murió en la guerra, me lo mataron". Otra descarga la sacudió y extendió las manos sobre las llamas; por entre los dedos creyó distinguir la cara del hijo. El frenético llamado dejóse oír nuevamente. Le faltó el aire y se apoyó en una silla, doblada por la puntada en el costado. Y otra vez acudieron los recuerdos. Intentó hilvanarlos, ya dudaba de la carta del Ministerio de Guerra comunicándole la "gloriosa caída en combate", tampoco estaba segura del sobre con los documentos; y nuevamente la voz mezclada al viento y los golpes.

Un relámpago iluminó el árbol del cual pendía una rama, Velmiro, chapoteó el barro y consiguió alcanzarla, la arrancó; con ella volvió a la puerta, "con estos golpes mamá me oirá" pensó, sopesando la rama. "Seguro que duerme porque estar, está, la puerta tiene la tranca por dentro". Cuando el joven retrocedió para imprimir más fuerza al golpe, se le ocurrió que podía intentar por la puerta trasera. Abandonó el refugio junto a la principal y fue bordeando la casa. Pocos metros delante de él, un charco le obstruía el paso; quiso saltarlo y patinó.

Trató de escurrirse el barro con las manos, pero se había salpicado dentro de la chaqueta.

El frío, el último día de combate; las explosiones cada vez más cerca. Tenían orden de retroceder hacia el mar, lo hacían a ciegas. El intenso frío le había congelado las manos enguantadas. "No mojarse la ropa se quedarán duros" había rugido el sub—teniente. Una explosión lo hizo tambalear, dio unos pasos y oyó un grito, "Zas, el negro, el negro" pensó, Velmiro. — Raúl, Raúl, ¿dónde estás? — Aquí, en un pozo, —fue la respuesta—. Le costó orientarse tanteando con el fusil, y al encontrar el agujero —dijo en un susurro— —¿Estás ahí Raúl?

Desde el pozo surgió una débil llama de encendedor. —Apaga, , apaga —chilló, tirándole un puñado de tierra. —Ayúdame que no puedo salir, está lleno de agua.

Velmiro lo ayudó, después se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de Raúl. "¿Qué habrá sido de la chaqueta que le di al negro al sacarlo del agujero?" —se preguntó—. Lo último que recordaba era eso: allí tenía los documentos y la medalla. Sólo eso recordaba, después supo que unos camilleros recogieron al negro con una herida en la cabeza.

Antonia se tapó los oídos, pero seguía escuchando la voz, en la otra puerta, y la duda le fue creciendo. Sobreponiéndose al dolor, fue hacia la escalera, quería ver los documentos, estaban arriba en el dormitorio. Abrió el cajón donde guardaba el sobre, comprobó que todo estaba allí, hasta la medalla. —Mamá... mamá...! Esta vez el

llamado se oyó con claridad meridiana. La tormenta se alejaba, pero ella siguió mirando las tinieblas, hasta que un relámpago recortó la silueta de Velmiro. Aferrándose al marco de la ventana, los dedos de la mujer se crispaban, y el dolor en el costado se acentuó. A su alrededor todo giraba y quiso gritar "Velmiro", pero el nombre se ahogó en su garganta. Abrió desmesurada boca de pez, el cuerpo laxo deslizóse hacia el suelo, quedando inerte junto a la ventana; en tanto la puerta seguía recibiendo los golpes y el llamado. —Mamá... mamá...

## **NUBES NEGRAS**

Llueve, la lluvia lo lava todo, y es lindo pensar que queda tiempo para echar a correr. La vereda de esta esquina parece nueva; las baldosas lavadas, y la lluvia finita: como niebla, quisiera irme, pero no, lo esperaré a Zamora. El me preguntará por qué vine, y yo le diré: que a buscar trabajo, algo habrá para mí, siempre le gusté, como mujer, se entiende. Viejo verde, Ay..., Pablo, cómo me duele estafarte, cuando vuelvas, si volvés, ya no te miraré. Y ahora sonreí, Nelly, que Zamora te está mirando. Ser tan mental me repugna; qué ganas tengo de salir corriendo, pero, ¿y esas telas sobre los estantes?, ya me veo con un vestido distinto cada día. Nelly, por Dios, ¿qué te pasa?, vos que desprecias a los que se venden. Nunca lo hiciste, pero, ahora, no sé, cualquier cosa menos vivir en ese lugar. Aquí llueve y es lindo, pero en la villa deprime.

Las mismas nubes bajas, el mismo cielo gris, gotas cristalinas mezcladas con el barro, un barro espeso, y por todas partes; la flora infecta: desperdicios, basura. Cuando te fuiste a despedir de tía, ¿te acordás? te molestaban los malos olores, y metiste el pie en las aguas servidas de un charco. Te dio bronca que alguna gente viviera así. Pero con esta miseria cualquiera se condena. Perdí el empleo por el embarazo; me dieron un sobre y agregaron: no la necesitamos más. Aquella tarde, María, me condujo hasta su rancho, entre callecitas sinuosas sin vereda. Ella se cartea con los soldados, y pensé; qué podía saber de Pablo. Cuando entramos empezó a llover. Un murmullo bajito, una canción, que se metía, en las casillas de tablones desparejos, pisos de tierra, Tía, me ofreció mate cocido. —¿Pablo te escribió? —No tía, creí que vos... —No habrá podido, no te preocupes Nelly, pronto lo tendremos aquí, esta guerra no puede durar. Me estremecí. Al notar mi temblor, buscó una campera que puso sobre mis hombros, "es la única que tiene" pensé;, y se lo dije. —Te equivocas, de ser así, no te la daría. No le creí, pero la dejé. Mientras lee las cartas de los soldados, por el ventanuco cubierto con un pedazo de plástico, entra la tarde desteñida, con su callejón de barro. Y siento frío otra vez, Este mundo —pesadilla me lastima, convive conmigo y lo niego siempre.

María, sigue leyendo, las hojas crujen entre sus manos, y pienso que es injusto, que ella no es de aquí. Cuando era joven trabajaba "en la Casa Cuna", y en las horas libres, de mucama. Yo, era chica cuando perdí a papá, y ella no quiso que me faltara educación. Lo cuenta siempre con cierto orgullo y, el remordimiento me incita a contarle que mañana visitaré a Zamora, pero no puedo decírselo, sería perverso.

María, guardó las cartas, y acomodó la peineta entre su pelo de ceniza. —Ya de chica me gustaba redactar, la vida me puso obstáculos. Dicen... que el arte de escribir se recupera después de los cincuenta o sesenta, los chicos me contestan siempre.

Me levanté, ella me imitó después de frotarse la pierna encogida por la artrosis. — No salga, tía, le hará mal con este tiempo. Sonrió, y fue a buscarme un paraguas, el mejor, al que le faltaba la manija, lo abrió para ella. Pero yo no soy así, no poseo su grandeza, ni valor para vivir de este modo. Pablo, querido,.. Zamora me está mirando, y ya no me iré porque decidí cambiarte por un empleo. Me arde la cara, y ya no sé cómo pararme, ni hacia dónde mirar. La lluvia es fina, tan fina que parece niebla, niebla de otoño y yo me pregunto por qué no lloverá más fuerte a baldazos, a torrentes. Descargaría las ganas de llorar que tiene, este cielo tan auténtico, tan cubierto de nubes negras.

## **KELPERS**

Grandes olas se abatían sobre la costa pedregosa; petreles y gorriones la sobrevolaban y, en las rocas se desperezaban los pingüinos. Enfundada en su abrigo de piel, los ojos color de hoja seca. Natalia, contemplaba el mar. Este le acercaba la imagen de sus afectos.

Esa mañana detrás de las rocas, le pareció ver a Ivon y a Cristian sobre la borda de un buque... despidiéndose. Después una gigantesca huella partiendo el mar.

A veces, en el horizonte brumoso se recortaba la silueta de otro barco, el que la trajera con Clay a la isla. Volvió la vista hacia el sendero que trepaba la colina y, Puerto Stanley, se le antojó una postal despedazada.

Por la poceada avenida llegó a su casa, y se quedó mirando el color de las flores detrás del vidrio. Entró, y al quitarse el abrigo sintió frío; un frío que le nacía desde muy adentro. No podía desalojar de su frente los gritos de los heridos. "¿Hasta cuándo?" se preguntó, al recordar la carta que le mandara Ivon, confirmándole la instalación de una base militar. Apretada niebla descendía sobre la ciudad. El viento emitía un solo desordenado silbido, pero Natalia ya no sentía pesar. Clay, leía el diario junto al hogar; y ella estuvo nuevamente con sus álbumes de viejas fotos color sepia. Ivon y Cristian en la puerta del colegio, Clay en el campo exhibiendo trofeos de caza. Volvió las páginas y vio a su madre sobre un paisaje de campos arados.

Más abajo, Pedro, al pie del "Alerce Abuelo", el joven "Alerce" nacido desde el muñón. Y se vio en su pueblo de frontera; el pelo revuelto, los brazos en cabestrillo. Una bomba que estalló junto a la choza provocó un desprendimiento; de la impresión perdió el habla, las maderas le hirieron los brazos Al volver con su madre de la enfermería; Natalia, descubrió el retoño que apuntaba desde el muñón del árbol quemado, y se detuvo, pero su madre la tironeó: —Vamos, Natalia, que vuelven los aviones. Por la mañana cuando cesó el bombardeo, salió

a la calle. Sentado en la puerta de su choza estaba, Pedro, acariciando el atado de ropa y enseres. Cabizbajo observaba los preparativos de la gente, que se disponía a partir.

Desde los campos devastados se elevaban columnillas de humo violeta. Pedro, se volvió y descubrió el "Alerce Abuelo" sesgado a la entrada del pueblo. "Nunca nadie se atrevió a talarlo" recordó. "Ni siquiera el cura para hacerlo crucifijo de la Iglesia". Por eso, verlo mutilado lo entristecía. Esas ramas habían servido para calentar las chozas durante días. Miróse las rudas manos de campesino y sintió se impotente. Todo en ruinas, los jóvenes muertos, ¿y los niños?. Como invocada se acercó, Natalia. —¿Qué te pasó? —preguntó al ver sus brazos. Ella intentó, decir algo pero su boca no emitía sonido. Pedro la acarició y ella siguió mirándolo. Clay se levantó y dobló el diario que dejó sobre la mesa. —¿No te acostás? Natalia sonrió: Iré enseguida.

Cuando el hombre salió del cuarto, ella acarició con la punta de los dedos la grácil figura de su madre. La foto fue sacada después de la Segunda Guerra Mundial. Al verla, volvió a ser niña, y estuvo otra vez con Pedro, viendo partir a la gente. Algunas mujeres se demoraban junto a los crucifijos.

Pedro, buscó el lio dispuesto a seguirlos. Pero ella lo seguía mirando. Era necesario que viese el retoño. —Pero, ¿qué te pasa?, ¿querés quedarte? Natalia, no hablaba. Afirmó y hecho a correr. Pedro la siguió. Cerca del bosquecillo, el río se descongelaba, y él se distrajo mirándolo, pero ella lo tironeó. Se detuvieron en la entrada del pueblo. Allí el gigante sesgado mostraba su chamuscada corteza, Pedro, volvió a preguntarse para qué lo condujo hasta allí.

El quería partir con los demás, y vio las últimas siluetas que se desprendían de los crucifijos para sumarse a la caravana. Al notar la mirada de la chica clavada en un sector del muñón descubrió el retoño: un verde puño trepando hacia la luz. Entonces, lo vio sonreír al tender las manos hacia el brote naciente. "Así debió ser cuando lo plantaron mis abuelos" pensó, arrodillándose. Apoyó la frente sobre el tronco y, oyó sus pies de niño trepando para ocultarse de los otros. Se vio parado entre las fuertes ramas: el nido, los pichones, la tentación. "Vamos, Pedro, apúrate" y más allá, el humo de las chimeneas: penachos blancos. Su mirada se hundió por entre el ramaje; y oyó la voz del trigo agitado por el viento. Sintió el sabor de las tisanas preparadas con la savia, y aspiró el perfume del ramaje, ese que ya no recordaba. Entonces, oyó crecer el rumor desde un cauce oculto en el corazón del árbol: torrente de savia brotando con el primer renuevo. Pedro, imaginó el futuro follaje, y escuchó los ecos entre confusos y claros: —Pedro... quédate. Sangre y savia se atropellaban confundiendo recuerdos, donde la lluvia crecía sobre las hojas, y los renuevos tendían sus dedos húmedos. La gente ya se alejaba por el camino polvoriento pero no los vio, tampoco notó la presencia de Natalia junto a él. Párpados caídos, ojos cansados; sobrevoló las ramas, y desde allí, vio las espigas agitadas por un viento azul. Deleitado, aspiró el humo de las chimeneas, y fue bajando mientras el ramaje murmuraba casi inaudible: —Pedro, Pedro, tenés que quedarte... Al abrir los ojos, divisó la fila desigual que partía, y corrió a llamarlos.

Los últimos se volvieron, y él se subió a un carro y arengó a la multitud. En tanto, Natalia, junto al renuevo seguía escuchando la pequeña voz. Cerró el álbum y trató de recordarla; no pudo. El texto de la carta que su hija le mandó, se agigantaba, "lo sé de buena fuente, mamá, pronto instalarán en la isla una base

militar".

Natalia cerró el álbum y se acodó en la ventana. La noche de Puerto Stanley, le pareció más desolada que nunca. Entonces, volvió a recordar el llanto de los heridos, y vio a sus vecinos recibiendo con banderas a las victoriosas fuerzas británicas. Y, se sintió cansada, mucho más que cuando niña, porque entonces escuchaba: la pequeña voz de la esperanza.

Nota: kelper: del inglés, súbdito británico habitante de las islas Malvinas

## **Y FUE UN SOL CELESTE**

Patricia lo miraba como siempre, acariciándolo. Mariposas blancas, lecheritas, las manos doblan servilletas, se alargan temerosas. "No, Patricia, nunca más. Y te quiero, pero no, ándate... ándate—..". Daniel tragó el café y se quemó la boca. "Si tuviera valor para contarte... pero no tengo valor". —Otro café con coñac, mozo. El café de Patricia, se enfriaba. Un círculo dentro de otro círculo. Qué sola estaba. Daniel apuró el contenido de la segunda taza. Esta vez el líquido tan caliente le quemó la garganta. Patricia, observó la cicatriz en la mejilla del muchacho, y los ojos que la estaban echando. "¿Por qué, por qué?". Hizo un gesto de desagrado al probar su café tan frío, y se levantó. —Adiós, Daniel. El no escuchó. Veía crecer los vehículos a través de la ventana. Y eran criaturas deformes avanzando, rugiendo. Un aullido enorme le llenó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Bocinas, sirenas... —Me voy, Daniel. La vio parada junto a él, y tomó su mano. —No te vayas, Patricia por favor. Las mariposas blancas aletearon más bajo, sobre su cabeza. —Bueno, está bien, cálmate. Estaban juntos como antes. Ella, las mejillas encendidas de rubor o de placer. El pelo desparramado en la almohada. Un sol celeste los cubría. Lo sintió sobre la piel. Por la ventana les llegaba la furia de la ciudad, pero ellos se hundieron en un sueño indefinido. El cuerpo de Daniel yacía en la tibieza de otra piel; no le pertenecía. Se desprendió y saltó desde su trampolín, deslizándose hacia atrás, hacia las madrugadas rojas de Neuquén. Eran las seis o siete. Se despertó sobresaltado y vistió. Al salir notó que la nieve estaba roja. Las madrugadas le daban ese tono sangrante. Las botas se hundían y, el aliento congelado en las cejas le obstaculizaba la visión. "¿Qué me dirá el sargento?" "Tenía que despertarlo a las seis". "De enojarse lo bailarías como ayer, qué bestia!". Arriba, arriba, muchachos, a cubrirse con los colchones, almohadas, y ahora bailen, así jajá... muy bien... así, desnudos, cubrirse con las mantas, bailen sigan, vamos, vamos, jajá...". Seis horas de baile, seis horas sin parar corriendo por la cuadra. Maldito enano, tan bajito y furioso". Estaba frente al sargento, rodeado de esa nieve tan roja. —Me desperté solo, porque sos un vago . — Perdóneme, Sargento no volverá a pasar, se lo juro. Ahí mismo, frente a la puerta, me dio una patada y siguió trampeándome. Yo sangraba por todas partes, pero no reaccionaba. Al ver el gotón que perforaba la nieve, que se estaba volviendo blanca, le dije: —Me vas a matar, si seguís pegándome. Paró, hizo una mueca y se metió para adentro. Observé la nieve blanca, los gotones oscuros manchándola. La cara mojada, Hablaba quedamente por no despertar a Patricia. Con los ojos cerrados, Daniel, parecía más joven, más desarmado. "No la merezco, no la merezco, porque soy cobarde". Tampoco abrió la boca cuando pidieron voluntarios para ir a Malvinas. Hubiese querido, dio un paso al frente,



pero no levantó la mano. —Adelante Rodríguez, adelante Soria, muy bien... adelante. El, no se movió, no levantó la mano. Se fue quedando solo en la fila. "Pero, ¿por qué tengo tanto miedo, ?". Los informativos mentían, y los muchachos morían por centenares en esos días. Pero, ¿Por qué no levantaba la mano?. Contuvo los sollozos por no despertar a Patricia. Se miró en el espejo del cielo— raso y odió su apolínea figura. Era casi perfecto y estaba entero. Sólo la cicatriz en la mejilla. Aquellos voluntarios ya no existían, ni siquiera el oficial que partió con ellos. Se contaban anécdotas sobre su valerosa conducta, cada noche dormía en la trinchera con otro grupo para infundirle valor. Contempló el cuerpo de la chica, y pensó que no la merecía . Debía ser fuerte aunque fuera una vez. Se vistió despacio para no despertarla, y salió cerrando la puerta con cuidado.

## **EN CUALQUIER LUGAR Y SIEMPRE**

3 de Junio de 1982 Puerto Argentino

Querido abuelo James:

Perdóname por tenerte sin noticias. No te escribí, debido al bloqueo. Ahora estoy bien, aunque débil.

Nos pasamos 57 días en esa montaña soportando penurias, sin abrigo ni alimentos. Después fuimos tomados prisioneros.

No sé que pasará en estos días, pero nos aseguran que vamos a volver. Me llevo bien con ellos. En especial con un soldado que nos trae la comida y se llama Mike. Yo de política no entiendo y no tengo una respuesta para el conflicto Malvinas. Pero estoy seguro de que esta guerra pudo evitarse.

Lamento mi regreso sin gloria, pero me dije durante el combate, que ustedes estarían mejor teniéndome en casa, que recordando a un héroe.

Te aseguro, abuelo, que no soy cobarde. Fui un soldado más, de un ejército desorganizado. Dios sabe por qué no caí en combate, en la trágica noche de la Gran Matanza.

Anoche, le conté a Mike, aquella vivencia tuya durante la primera Guerra Mundial.

Un abrazo fuerte, viejo querido. Saludos y cariños a papá y mamá.

Lucas.

Mike, revisaba los cueros, para colocarlos sobre el piso del corral, cuando escuchó pasos. —¿Quién es? Nadie le contestó.

Cuando empuñó el arma dispuesto a disparar apareció Lucas. —Casi te mato, Lucas. El chico sonrió con amargura:

—No sería el primero. El inglés bajó la vista.

—¿Porqué decís eso?

—Porque estamos en guerra.

—Sos mi amigo, Lucas.

—Eso no cambia las cosas. Vine a verte porque estaba desvelado.

—Claro, hace frío, el viento se cuela por los agujeros del piso.

—No es el frío, pensaba en los chicos que murieron, y me pareció injusto.

Además, me acordaba del abuelo, James. El vivió la primera Guerra Mundial.

Mike, dejó los cueros en el suelo para escuchar. Afuera, aullaba el viento.

El abuelo era ingeniero y, una noche, recibió la orden de dinamitar un puente.

Había nevado, y los campos arrasados por la última batalla, yacían bajo la nieve.

Todo rastro humano o vegetal había desaparecido, y el batallón no podía

orientarse.

El frío glacial escarchaba el aliento, formando carámbanos entre las tupidas barbas y bigotes, penetrando por las descosidas suelas.

Varias batallas perdidas sepultaron a muchos hombres. A los sobrevivientes ya nos les importaba vivir. Sólo descansar.

Los más fuertes ayudaban a los heridos y agotados que caían en la nieve. Esa nieve blanda, que cubría las huellas.

Exacerbado el miedo, los hombres oteaban el horizonte. James, sintió piedad por sus compañeras de rostros lívidos.

"Obedientes asesinos" pensó "igual que yo".

La nieve tentaba los cuerpos cansados y James, deseó echarse allí mismo para que millares de agujas dejaran de herir los dedos congelados. A lo lejos, sobre el horizonte de blancura siniestra, divisó la cabaña. Se frotó los ojos y, la cabaña desapareció.

Sin embargo James esperanzado ordenó a sus hombres marchar en esa dirección. Cuando estuvieron cerca, la cabaña se hizo visible para todos, aceleraron la marcha y llegaron enseguida.

En el interior, la oscuridad esfumaba los objetos.

Se desembarazaron de las mochilas y se echaron a dormir en el suelo. Los blandos copos de nieve seguían cayendo sobre los cristales en sombra.

La tenue claridad los coloreó, dibujando flores en los vidrios; despertando a los hombres a la realidad, compartían la cabaña con el enemigo.

Como felinos en acecho empuñaron las armas. Las negras bocas de los fusiles, acechaban siniestras.

La claridad cavaba ojeras en los desencajados rostros, y una expresión animal, en las pupilas de alucinado brillo. Interpuesto entre los bandos, los sacudió la voz de James.

—Bajen las armas, no disparen.

Nadie obedeció.

Entonces, James suplicó desesperado.

—Aquí no somos enemigos, tiren las armas por favor.

Los hombres se miraron. Afuera, sobre la blanca sabana, asomaban: pinos y abetos cubiertos por los últimos copos caídos durante la noche.

El cielo cargado dejó filtrar un rayo, que penetró en la cabaña desalojando las sombras.

James, cerró los ojos heridos y todo se oscureció otra vez. Las nubes se amontonaron dejando caer una persistente llovizna; los fusiles también cayeron y en lugar de las grotescas máscaras, asomaron rostros jubilosos.

Las manos y las voces se confundieron. Volcaron las mochilas y repartieron los víveres.

Había dejado de llover. El sol derritió en los vidrios las heladas flores.

James, que los observaba, pudo leer en las miradas el mismo anhelo "hermano, ojalá que mi bala no hiera tu corazón".

## ESE SOL QUE MATO EL INVIERNO

*"Y... allí quedaste esperando que salga el sol pero no el agónico que pocas veces nos entibió, un sol brillante que haga crecer plantas y árboles y flores, porque vos, con tu sangre, nutriste esa tierra inhóspita".*

"Apolíneas figuras cruzan la ciudad, siluetas verdinegras.

Arden los espejos, obelisco, cúpulas; arde el sol, mi voz atrapa el esqueleto de otras voces. Arde la tarde, y en el cielo de la noche arden mis manos que alcanzan los latidos de mi pecho, y quiero despertar cansado de correr con la luna rota que me crece adentro".

Jadeante, se sentó en el borde de la cama; esta vez no había gritado. Fue hacia la ventana y atisbo, por entre las ramas del Paraíso, la apacible tarde. Algunas nubes, empujadas por el viento de Julio, ocultaron el sol.

Se estremeció, sólo tenía puesto el pijama. Al pasarse la mano por la crecida barba, pensó que debía afeitarse. El rostro que reflejaba el espejo del baño, (o sorprendió. Ese no era Sebastián Castro; el concripto del 7mo. batallón que partió en Abril. El rostro del espejo, era viejo, desencajado.

Desde la sala, la radio transmitía un programa de rock que Sebastián no escuchaba. Se notó pálido, la mirada sin brillo. 20 bajo cero y la temperatura descende. Un escalofrío lo recorrió, congelándolo dentro del pijama. Se vistió: por la ventana se veían las nubes ya apretadas agrisando el cielo de la tarde.

—Apúrate, Sebastián; mamá preparó panqueques. La voz de la hermana lo hizo sonreír.

—Ya voy, ya voy... Entró al comedor, y el olor a panqueques y leche chocolatada lo reanimó. Hizo un ovillo con su pesadilla, y se quedó mirando a la chica que servía muy concentrada en su tarea. El padre le hizo un lugar junto a él. Ana le acercó la servilleta y lo miró admirándolo, como si fuese un héroe. "No, Ana, no me mires así, en el avión lloraba porque me moría de miedo. Dos meses de entrenamiento, qué locura!". Cuando soñaba era un héroe; ganábamos (a guerra.

En el aeropuerto nos esperaban para llevarnos al Palomar. El desfile, cuánta gente rodeándonos, banderas, aplausos —tírame la gorra pibe— aplausos. Nos despertaban las bombas que estallaban junto a las posiciones. Sebastián, se quedó mirando las atareadas manos de la madre untando los panqueques con dulce de leche. Y recordó: Había reconocido el cartón o creyó reconocerlo. Era el mismo que arrancaron de las manos agarrotadas de Nicolás: el mismo pero intacto.

Le daba diente con diente, no podía parar y la pesadilla volvió, Sebastián, se ausenta, no puede apartar la vista del envase, y su mirada persigue siluetas. Se abre paso entre esqueletos de voces, los dedos que huyen de sus manos tratan de alcanzar criaturas de humo rojo, y el sol arde, sin leños, sin violencia". Bombas, gritos, estallidos, no recuerda de qué color era el mar ese día, pero el cielo era gris y la batalla sangrienta. De pronto el bombardeo cesó, los soldados salieron de las trincheras y vieron un sol agónico derramándose por la ladera.

Todos corrieron hacia allí, a su lado, Nicolás moreno, delgado; sonreía cómplice:

—Mientras tomamos sol, comemos algo dulce, ayer lo robé de los galpones ¿querés? La polvareda se disipó y el sol seguía allí, esperándolos. Algunos

habían llegado. A ellos les faltaba poco, cuando oyeron los Harrier, algunos alcanzaron la trinchera, pero Nicolás se adelantó demasiado. Los últimos rayos del sol se le quebraron en las pupilas.

Este desapareció entre nubes de polvo. Al disiparse, vimos a Nicolás de bruces en el suelo; lo dimos vuelta. Tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre manaba de su boca. Entre las manos cruzadas apretaba algo que en un principio, no supimos qué era: un pote de dulce de leche que rodó por tierra.

## **NO LLORES MAMA AQUÍ NACERÁ UNA FLOR**

*"Si algún día llegases a esta ciudad trepada sobre una colina, me hallarás entre millares de flores. Entonces, tu mano rozará mis pétalos y yo te gritaré: No me arranques, porque todos nosotros llevamos simiente de justicia. Porque todos nosotros estamos hartos de matar y de morir..."*

*Benicio*

A orillas del Paraná, se alza un rancho sobre pilares de ñandubay. Pasada la tormenta, las gargantas de los gallos anuncian el amanecer, con su canto.

Cuando Lautaro asomó por la ventana, vio centenares de pájaros sobrevolando los esteros. Se vistió, y bajó las escaleras acomodándose el sombrero de paja.

Desde el rellano se volvió para saludar a su mujer asomada en la ventana. Herminia, devolvió el saludo, y siguió con la vista, la enjuta figura que se perdió entre los juncales. Las gallinas alborotaban en el patio, y ella recordó que debía llevarles maíz. Cuando las aves acudieron a disputarse los granos anaranjados, sintió la presencia de Benicio.

"El gozaba cuando comían", recordó. Aventó el recuerdo y fue al embarcadero. El agua manoteaba las canoas.

A lo lejos, el Paraná, se velaba con los vapores que diluía el sol. Benicio, venía remando desde la selva que tragaba el horizonte: los brazos oscuros, como de corteza, y los peces entre la red, salpicándolo. La imagen resbaló cayendo al río como un pájaro tiroteado y, la pesadilla de la noche volvió a inquietarla.

Benicio, le escribía una carta con tinta roja.

Se quitó las alpargatas rojizas de tierra, que se enredaron en el borde de las redes colgadas. Dio unos pasos, y se ocultó detrás de un árbol. Inquieto, espió la casilla de los pescadores, y sintió frío.

El viento agitaba los matorrales de caña y el miedo cruzó la noche agitándole el pecho. Pero seguía allí sin poder apartar la vista de la ventana. "Tengo que subir... tengo que subir!". Arriba, apagaron la lámpara y, Herminia bajó la escalera con paso lento. Se acercó al montón de ramas que juntara en la tarde. Sacó del bolsillo una caja de fósforos, y encendió el fuego. Las llamas iluminaron el rostro aindiado.

"Es la madre de, Benicio, seguro" pensó, Juan Ángel y recordó...

Los ojos de Benicio resplandecieron al quitarse los borceguíes, otros alimentaban el fuego con turba y petróleo.

—Seguro que andan cerca— anunció, Juan Ángel los tendremos aquí enseguida.

Benicio extendió los pies sobre las llamas:

—Anda, —protestó—.

—Te digo que tengo un palpito jodido, mira algo se mueve entre los yuyos.

—Son gigantes —observó, el chico—, palideciendo.

Descalzos volvieron a la trinchera. Juan Ángel, fue el último en tirarse.

—Ufff... menos mal no nos vieron.

—¿que no? ahí... vienen. —Apunten... ordenó a su lado el suboficial.

Ráfagas de ametralladora quebraron las tinieblas y dos gurkas cayeron retorciéndose. Lanzando alaridos, los que venían detrás los ultimaron.

—Ya no me quedan balas— exclamó, Juan Ángel.

—A mí tampoco —susurró Benicio.

En esa trinchera las municiones se habían terminado y adelante las fuerzas argentinas se rendían. Vieron a un sargento que salía del pozo, las manos en alto, el gurka que lo empujaba lo decapitó de un golpe seco.

—Tenemos que hacer algo— dijo el suboficial, nos van a descubrir. El chico avanzó hacia la fogata, y Herminia lo vio.

—¿Quién anda ahí?— exclamó alarmada.

Juan Ángel balbuceó su nombre y agregó: —Busco a la señora, Herminia Sosa.

—Soy yo, ¿qué quiere?

—Vengo de parte de Benicio. Las llamas dejaron ver el rostro demudado.

—¿De quién?, ¿Y él dónde está?.

—El... murió —balbuceó el chico con voz entrecortada.

—No es cierto, mentís, mentís. El miedo y la ira endurecían su voz.

El muchacho carraspeó.

—Es verdad, murió —afirmó nuevamente.

Las pupilas de Herminia se dilataron y sus manos aferraron los hombros del muchacho, que sacudió furiosa.

—Eso no es cierto— rugió desesperada.

Juan Ángel trastabilló cayendo.

Al verlo en el suelo pensó que estaba perdiendo la razón.

Se tapó la boca sofocando un grito animal que huía de su garganta.

El chico se incorporó limpiándose la tierra de los fundillos. Era muy delgado, la mirada febril. Sintió pena por él. Encendió la hornalla y calentó agua.

—Hace frío ¿no?

—Yo no tengo frío.

El dolor se sublimaba en el tosco semblante de la mujer y él no sabía qué decir, movía las manos torpemente.

—Habla bajito, que, Lautaro no se despierte, se lo diré mañana. Juan Ángel bajó la vista, pero ella lo alentó.

—Tenes que contarme cómo pasó —pidió en un susurro—.

—Nos habíamos quedado sin balas, y adelante, en las posiciones argentinas los gurkas degollaban a los nuestros.

—Los chicos lloraban de miedo, pero teníamos que hacer algo, cualquier cosa, nos iban a descubrir.

—Larguen los equipos y corran —ordenó el suboficial—.

—Era arriesgado, sentí frío en la espalda. De a trechos nos arrastrábamos y volvíamos a correr. Juan Ángel volvió a interrumpirse y, Herminia agregó conmovida:

—Seguí, hijo, por favor.

—Detrás mío escuché un grito. Era Benicio y estaba herido. Lo cargué en mis brazos, cuando llegamos al pueblo aún vivía.

Juan Ángel la vio palidecer, y tomó su mano.

Herminia se sintió invadida por un profundo cansancio y deseó morir. Entonces, cerró los ojos, hubiera querido que lo escuchado no fuese más que la continuación de su pesadilla nocturna. Pero todo seguía igual: real, tangible.

Juan Ángel se levantó y antes de salir, sacó del bolsillo una carta de Benicio, y se la dio.

## OJOS DE VIDRIO AZUL

La ciudad lo invadió cubriéndolo de asfalto, pero solo fue un instante ese cansancio total. De pronto sintió rechazo por el estrépito en las disquerías y la luz en las vidrieras, iluminando cualquier cosa: chucherías, juguetes... todos innecesarios. Un muñeco rubio posó en él, desde un escaparate, sus ojos de vidrio azul, el pelo ensortijado, como le gustaba a su madre, "Pobre muñeco" pensó y quiso rescatarlo. "Estoy chiflado, tengo que controlarme, pero ¿cómo?".

El obelisco se sumaba al desconcierto, y él siguió buscando en esa ciudad, algo o alguien que le delatara donde se ocultaba la esperanza: cualquier cosa que lo impulsara a seguir. Al cansancio de las piernas, se sumó el dolor en el hombro izquierdo.

Desde un cartel a medio arrancar, le sonreía el rostro del militar que luchó en las islas. Rafael, trató inútilmente de apartar la angustia que lo fatigaba. Hoy cumplía 19 años, volvía a Buenos Aires, y sus padres no lo sabían.

La soledad le pesaba pero temía regresar, ¿se sorprenderían al verlo? Seguramente. Corrió hacia ía parada del ómnibus y subió sin aliento. El primer asiento estaba desocupado. Se sentó y dejó que su mirada se vaciara sobre las callecitas del bajo, eso le hacía bien, lo liberaba. En ese momento escuchó la voz del chofer, y volvió la vista hacia el póster colgado junto al zapatito. "Mientras haya un deseo, tendrás una razón para vivir". Sonrió, hubiese querido creerlo, pero no podía. Al bajar en la esquina del Salvador y Carranza, le pareció que regresaba desde una pesadilla; le costó ubicarse y oyó crujir bajo sus pies las hojas desprendidas de los árboles.

Le faltaba poco para llegar, una cuadra tal vez; o dos, pero el temor lo asaltó y entró en un bar, donde acostumbraba ir a la salida del colegio. Se sentó en un rincón junto a la ventana; comenzaba a llover y él pidió un sandwich y, un vaso de vino blanco, aunque le hubiese dado lo mismo que fuera tinto. El asfalto llovido de la calle atrapó su mirada, y se preguntó si ya no estaría muerto.

Relámpagos, y la lluvia precipitando su furia sobre los adoquines sedientos. Se estaba bien allí; el vino anestesiaba recuerdos para que no lastimen y la tarde le cabía en su impotente puño que no conseguía aferrarse a nada. Marilyn, le sonrió desde un afiche, ojos entornados, labios entreabiertos, ofreciéndose. "Mamá, perdóname sos tan impresionable, ¿qué hago?, ¿qué hago?. Apoyó la cabeza contra el vidrio, "mamita, mamá, perdóname pero yo no tuve la culpa" "se me parece no?" "vamos diga la verdad, es idéntico, pero no le corte tanto, más largo en la nuca, todos los peluqueros son iguales, bueno, basta, así está bien, pero qué bonito... se me parece ¿no?".

Rafael, pidió otro vaso. A través de la líquida transparencia apareció el muñeco

con ojos de vidrio azul, los bracitos en alto. Se estremeció, "tengo que llamarla" pensó, pero no se atrevía.

Aspiró voluptuosamente el aire que se filtraba por la ventana, y la gente sin rostro seguía pasando. Rafael, bebió otro trago, y fijando la vista en los vehículos, observó las ruedas. Se estaba bien allí, las embriaguez restaba fuerza a los recuerdos para que no lastimen; el agua de la zanja se desliza y la noche le cabe en ese su impotente puño.

Marilyn le sonrío desde un afiche; la lluvia se precipita sobre los adoquines sedientos, las heridas duelen por fuera y por dentro. Estaba tan cansado, pero el vino libera, se aligera el cuerpo, se flota y dan ganas de reír, reírse de estar triste, rodeado de todo, de nada... de nada... Marilyn no te rías de mí, no te burles que yo no tuve la culpa. Marilyn bonita... mamá... mamá... no te enojas conmigo, por favor... En el bar quedaban el cajero, y el mozo, éste miraba el reloj mientras acomodaba las sillas sobre las mesas. Pasó junto al muchacho y le preguntó si quería algo más. Y Rafael lo miró pero sólo vio el afiche y apoyó nuevamente la cabeza contra el vidrio. En la calle los semáforos cambiaban colores.

Al fin se decidió; el mozo frente a él lo estaba obligando. Fue hacia donde estaba el teléfono, marcó el número de su casa y esperó; la voz se oyó cercana como si estuviera junto a él. Lo rozó y del otro lado de la línea hubo un silencio que se quebró en llanto, y él hubiese querido acariciarle el pelo que a pesar de las canas le caía en desorden sobre la frente aniñada.

—Volví esta mañana mamá, no llores que estoy en el bar de la esquina.

Del otro lado la voz se aclaró, parecía dudar.

—Rafael, mi amor, no lo puedo creer, ¿por qué no te viniste directamente a casa?

—Estoy con un amigo.

—¿Y qué tiene, siempre los trajiste a casa.

—Es distinto, pasa que...

—Bueno, apúrate me muero por abrazarte, y papá, bueno, venite rápido, papá llegará enseguida, Rafael, hijito, si supieras qué angustia pasamos.

Rafael, tragó saliva y buscó otra ficha que introdujo sin prisa en la ranura como si deseara que la comunicación se corte.

En ese momento tuvo que gritar para que su madre lo escuche; diluviaba y los truenos se precipitaban furiosos.

—Pasa que mi amigo volvió lisiado, y no tiene dónde ir..., es decir, sí tiene pero... anduvimos juntos todo el tiempo durante la guerra. Mientras hablaba, Rafael, se afirmaba contra la pared, la frente se le iba cubriendo de sudor, le alarmaba la ansiedad en la voz de su madre y las pausas y ese silencio.

—Que se vaya a su casa, ¿no tiene familia tu amigo?

—Bueno sí, familia tiene, pero la madre se impresiona mucho y él no se anima porque le falta un brazo y el ojo izquierdo, por eso... —¿Y me lo vas a traer a casa en esas condiciones?, ¿Estas loco, Rafael? ¿no pensaste en mí? Las frases cortas y la agitación en la voz anticipaban la histeria. La única mano de Rafael, temblaba a! introducirse en el bolsillo para buscar otra ficha. Y el ojo derecho, brillaba en el cuenco de un modo extraño. El silencio del otro lado de la línea se eternizó hasta que volvió a escuchar la voz del otro lado; como una sentencia.

—No lo traigas, Rafael, ni se te ocurra, y apúrate que papá acaba de entrar... hola... hola., hola...

A Rafael, no le quedaban más fichas, además, no las necesitaba. Colgó y su mano

se introdujo en el bolsillo rozando el frío metal del revólver. "No lo traigas, Rafael, ni se te ocurra, vos no pensás en mí... vos no pensás en mí, no lo traigas, Rafael". Se tapó la cara con la mano y sollozó quedamente; nadie lo escuchó.

El mozo estaba junio a la puerta dispuesto a salir; cuando vio la figura que en el fondo del bar se metía en el baño. El mozo saludó al cajero y salió apresuradamente cubriéndose con el paraguas.

El estampido hizo que el cajero se volviera sorprendido, después todo fue silencio. Solo la lluvia, sobre los adoquines sedientos.

## TAL VEZ RESISTAN

*"Planté una rosa que decidió ser blanca en el deshielo rojo del invierno"*

Era destemplada la noche junto al río. Una aura multicolor envolvía la luz de las lamparillas de mercurio, y tu camión corría por las calles bacheadas.

En la vereda, hojas secas revoloteaban y estabas tan cerca de mí, que la imperiosa necesidad de acariciarte me consumía. Y me pregunté cómo vivir tu ausencia, permitiendo al caudal de ríos cristalinos desbordar la tierra sedienta, de esperas y desencuentros.

¿Cómo hacer para no extrañarte, Ariel? Tus relatos rodaban entre los baches y se alejaban; para volver a crecer junto a mí, junto a vos. Tus manos eran de campesino, de hombre.

Se afirmaban al volante, y tu voz me llegaba desde el viejo cine de tu barrio, donde las voces de otros chicos se unían a la tuya, contando monedas para ver la película preferida "Combate".

Soñaste tanto en la semana, con esa tarde de cine, y sumabas monedas que no alcanzaron porque eran tres chicos y había para dos entradas.

¿Cara o seca?. La moneda rebotó en el suelo, y tus ojos se agrandaron cuando se estrelló contra las baldosas y se detuvo: SECA.

Tus pupilas castañas descendieron al oculto lago de tu decepción—enturbiando el espejo donde se reflejaba tu alegría de niño.

Y, no sé si lloraste, pero me imagino te fuiste caminando despacio, cargando sobre tus hombros, la frustración de un deseo.

Sin embargo, nunca fuiste esclavo del rencor. Comprendiste que no eras el único, y un río de lágrimas secó las tuyas abarcándolo todo.

Esa noche nos quedamos mucho tiempo junto al río, viendo a las olas acariciar las arenas en sombra, y mis dedos languidecían en las orillas de tu piel. Y tu voz pausada hizo surgir nuevamente junto al agua, la figura del mismo chico, pero esta vez, con un tambor que sonaba y aturdía ahuyentando a los pájaros.

El niño creció, y vimos brotar, desde el agua, la semilla preliminar del árbol que abrigaría después en su frondosa copa, para siempre y por siempre los pájaros.

Yo no entendí muy bien cómo crecieron tus relatos; ni tú ni yo habíamos dejado de ser niños; ninguno aceptaba una realidad donde no cabía la esperanza. Un mundo de estructuras deformes, donde la alquimia de la ambición transforma la ternura en violencia.

El universo de los adultos nos desalojaba de su habitat. Preferíamos construir entre sueños una sociedad de valores auténticos. Nos oponíamos a la fría lógica



de ser máquinas, engranajes remunerados de un sistema tan perfecto que nos entrega todo programado, incluyendo nuestra autodestrucción.

Y fuimos chicos, tu primer regalo: un ramo de violetas que apreté dichosa entre mis manos de niña. Y vos, Ariel, me dijiste que la orilla debía beber bajo el cielo de todos, y yo comprendí. "Un cielo de todos, sin división, sin límites". Volviste a repetir. Donde bandadas de pájaros, tal vez millones volarían a otras tierras, a sus confines, llevándole su canto a los que languidecen aún detrás de los barrotes, para que el sol volviese a brillar esplendente.

Y ahora yo también comprendía, tal vez por eso nos estrechamos las manos, cuando vimos surgir en la playa brotes que muy pronto serían árboles, árboles de copa frondosa, refugio de tantos pájaros.

Una ráfaga deshojó las violetas, y en tus soñadoras pupilas, vi el color naciente de auroras venideras, y descender sobre la tierra de todos, la magia del crepúsculo.

Planeabas un futuro de paz, Ariel, donde las mariposas ya no vivirían un solo día, porque tu fe en los hombres no aceptaba el Apocalipsis. Yo estaba de acuerdo con vos, dispuesta a crear ese mundo. Por eso me resistí a decirte adiós aquella húmeda noche de fines de Abril. Se nos hizo muy tarde junto al río, y era la luz tan pobre por esas calles, que nos perdimos y dimos vueltas y vueltas sin poder leer el nombre en las esquinas; y el río crecía y el cauce era demasiado impetuoso para ponerle diques. Por eso, me resistí a creer que te ibas, y te pedí que dejaras de batir tus alas contra la tempestad, tal vez el viento no las quiebre, tal vez resistan.

Resistieron, pero estaban rotas, no pudieron contra la tempestad aquella noche que lo estaquearon por robar víveres en los galpones. Ariel, venía de largas noches e interminables días. Regresaba de una ciudad destruida para ir a un pueblo hambreado. Tenía las pupilas castañas y le faltaban los brazos.

Cuando le dieron de alta, surgió en Retiro, desde la atropellada multitud para ir a su pueblo natal, San Pedro donde estaba ella. San Pedro, el país de las rosas. Estas tenían la tersura de la piel de Nidia.

Las manos unidas junto al río, en el camión. En la plaza llena de canteros color alegría. Y, las campanadas de la vieja iglesia llamando a misa. Campanadas que se descolgaban en las mañanas azules, sobre la playa tibia, mientras el Paraná, traía de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos; camalotes con serpientes y flores.

Aquel pueblo tenía de todo: barrancas, un río de lecho color cobre y muchos peces. Rosas variadísimas y frutas; duraznos de perfumada pulpa y una juventud que se reía.

Cuánto tiempo sin reír. Pero, ¿y de qué? si era él precisamente, exponente de un tiempo de argentinos enarbolando un lema absurdo "NO TE METAS".

Porque aquellos que se metían desaparecían o tenían que emigrar. Era el símbolo de una generación perseguida que a los 20 años ya no sabía reír.

Y recordó los galpones desbordando víveres y a los hambrientos soldados de la clase 62 y 63 estaqueados, castigados por robar lo que les pertenecía por derecho: y él había perdido sus brazos por congelamiento, sus fuertes, valerosos brazos que cosechaban y conducían camiones y combatían.

Estaba mutilado, pero sabía que nadie regalaba nada, y que la libertad y el pan y el derecho a vivir, había que pelearlo hasta vencer. El ya no tenía brazos, pero todo era tan claro. Mientras por la radio eran denunciados los altos índices de tuberculosis, de doscientos árboles se cosechaban veinte y lo demás era devorado por gusanos; especulación, codicia, intereses creados. Y la mortandad infantil

trepaba cifras siderales. Las villas de emergencia eran barridas por las topadoras, y la gente dormía arrumbada en la calle, con sus niños; en pleno centro de la ciudad; niños que tendrían que crecer bajo otro lema más comprometido.

Los campos huían de su vista, y él bebía el verdor cambiante de la mañana. La llanura se fugaba velozmente, y él pronto estaría en San Pedro, sintió pánico al imaginar el reencuentro. La mirada de Nidia sobre los muñones de sus brazos amputados. Se estremeció.

Los ojos de Nidia observándolo, rechazándolo ¿o no? El miedo le fue creciendo hasta estallar en alaridos de perro enfermo. Qué fácil cerrar los ojos y saltar, qué descanso, estaba exhausto...

El aire que entraba por la ventanilla lo reanimó, y pensó con mayor claridad. Saltar, qué salida cobarde, quedaba tanto por hacer, tanto por reconstruir. Tenían que volver los pájaros para llevarle su canto a los que languidecían detrás de los barrotes.

## **ADIÓS AL ÁNGEL**

*"Para mi hermano Lito que volvió de la guerra desesperanzado, para que también encuentre al ángel que habita su corazón".*

Durante el Verano del 43 los reyes nos trajeron barriletes y Lito se enojó.

En cambio yo, loca de contenta decidí remontarlo enseguida.

Pero no pude. En ese momento mamá, aguafiestas, me pidió:

—Ayúdame con los platos Marly.

Cuando terminé eran como las cinco de la tarde o más.

Salí corriendo y me olvidé de avisar. Pobre mamá, "con lo nerviosa que es "pensé". Sin embargo no volví.

La tarde era linda. El cielo despejado, y el sol... niebla luminosa en las veredas y adoquines.

Llegué al baldío sin aliento. Pero las aguas servidas olían tan mal. Había vidrios y basura.

Entonces me acordé del campito junto al "Arroyo Escondido":

Ese sitio era mi preferido. Un lugar como de cuento, con muchos eucaliptus impregnando el aire. Sauces llorones bañando su ramaje en el agua verde. Y la arena de la orilla color lapislázuli.

En ese momento, el atardecer atenuaba los colores: pronto sería de noche, y pensé que debía remontarlo enseguida.

Empecé a tironear y tironear, nada, ni una brisa. Pero... así de pronto lo arrebató una ráfaga, transformándolo en un puntito lejano.

Más abajo, brincaba su larga cola mil colores, contra el cielo púrpura.

Dichosa, me eché boca—arriba sobre el pasto, sujetándolo fuertemente.

No seas loco que ya no queda piolín —murmuré bajito.

Pero él, que volaba tan alto, no escuchaba y me seguía pidiendo más y mas.

Tan dichosa me sentí que hubiese querido compartir mi alegría.

"Pero... si no tengo amigas" recordé, y el aire violeta, recogió el suspiro que huyó de mis labios.

En ese instante, disminuyó la tensión. Me incorporé de un salto.

"Se cortó", pensé asustada. Y no se había cortado. Pero ... las ráfagas cesaron, y el barrilete perdía altura rápidamente.

Cuando lo ví colgarse, en la rama más alta de un eucaliptus, no lloré pero mi angustia pedía a gritos que alguien me socorriese.

—No te preocupes... te lo voy a sacar.

Me volví al oír la voz. La chica que me hablaba no debía tener más de 7 años, y era tan linda que parecía escapada de un film de Walt Disney.

"Ella no es real", pensé frotándome los ojos. Pero, al abrirlos Leticia seguía allí, mirándome.

De pronto y antes de que yo reaccionara, corrió hacia el eucaliptus.

Después, la vi trepada en la rama más alta y le grité previniéndola.

—Bájate de ahí que te vas a caer. Es una locura, bájate — insistí.

—Me bajaré cuando lo saque {se obstinó}.

Preocupada me crucé de brazos, viendo cómo sopesaba la rama.

Cuando alargaba la mano para coger el barrilete, esta cedió quebrándose, y Leticia rodó sobre el pasto con restos de caña y papel.

Corrí para ayudarla, pero ella se incorporó sin mi ayuda. Entonces... me sentí tan culpable que le susurré:

—Perdóname... Leticia.

Y ella, no pareció sorprendida cuando la llamé por su nombre.

—¿Perdonarte, qué? preguntó apenada mirando los restos de mi barrilete.

—Tu barrilete, era lindo — dijo, y mira como quedó.

—Nos sentamos en el pasto.

—No te preocupes ya tendremos otro, Marly — sugirió soñadora, tomando mi mano entre las suyas.

Y una clara luz iluminaba su perfil de estampa cuando la miré.

Entonces ...el chillido de un pájaro rasgó el aire violeta, otro le contestó y volaron juntos. Yo no sabía como recompensar su actitud.

De pronto recordé que salí sin avisar. Me incorporé.

-Me tengo que ir. — Exclamé.

-Yo también, pero antes recojamos el hilo — contestó Leticia

32

quitándose los pastos de la pollera.

Mientras armábamos el ovillo le pregunté por donde vivía.

—Por allá — dijo señalando el barrio de emergencia.

—Te acompaño, me queda de paso — sugerí.

—Y sí querés, vamos — contestó, encogiéndose de hombros.

Nos detuvimos frente a una casilla deshabitada. Sólo flores crecían allí: exuberantes...variadas.

Leticia cortó jazmines, petunias, algunas frecias, me dio el ramo. Yo cerré los ojos, aspiré el perfume. Al abrirlos vi la silueta de mi amiga perdiéndose por la callejuela sinuosa.

Entonces, tuve miedo. Pero... rumor de alas a mi alrededor hizo que volviera la cabeza. Eran mariposas nocturnas de alas brillantes.

Me acompañaron desapareciendo cuando crucé el baldío.

—Inconsciente — chilló mamá que me esperaba en la esquina. ¿Por qué no avisaste que salías?

No contesté, arrepentida bajé la vista,. Mi madre tenía razón.

La compañía de Leticia me colmaba. Su fantasía dibujaba cometas que alcanzaban galaxias innumbrables; y más allá un mundo de luz y de silencio rojo dorado. Entonces me sentía en paz, olas de amor me inundaban y yo, cerraba los ojos para volar con ella.

Los últimos días de febrero, fui con mi hermano Lito, a una Kermesse que Luz y Fuerza organizó en la ciudad de Quilmes. Y cuando vimos lo que exhibían los quioscos, nos quedamos bobos con mi hermano.

El se enamoró de unos botines para jugar football. Yo, de un pantaloncito azul.

Hay cosas que no se explican: pero aún hoy, me pregunto si fue casualidad.

Al sacar el número me encuentro con el tesoro.

—Dale el pantalón a tu hermano, no te lo irás a poner — estalló mamá.

Pero tuve suerte, a Lito le quedaba grande. Y se cumplió mi sueño de ser varón.

Me recortaron el pelo muchísimo, por que yo aseguraba que me crecería tupido.

¿por qué no me gustaba ser mujer? bueno, había razones. Las chicas me miraban feo por lo mal vestida. Pero además , me aburría jugando con muñecas...preparando comiditas.

Lo malo que los varones tampoco me querían. Cuando me acercaba me miraban feo.

—Salí de acá, nenita, con nosotros no jugás ...

Pero, yo, quería ser varón igual que los héroes de mis historietas. Imaginé la cara que pondría Leticia al verme con ese pantalón que ni para dormir me quitaba. Pero mamá, que trabajaba en casa desde hacía un par de semanas, me había prohibido irme al arroyo.

El día que decidí escaparme, Norma y Graciela, se acercaron a la reja del jardín.

Yo jugaba con bolitas pero al oír que me chistaban, levanté la vista y me volví.

—¿Pasa algo? — pregunté extrañada, intuyendo la agresión, y me acerqué a la reja.

—Queríamos preguntarte — dijo Norma, bajito.

Graciela mientras tanto se tapaba la boca para no soltar la carcajada.

—Contanos la verdad, Marly ¿es cierto lo que dice la gente?

¿Pero... y qué dice la gente? — pregunté alarmada.

-Que pareces un varón y que andas con la patota de la villa. Me sentí morir.

—Pero., ¿se puede saber quién inventó esa mentira?

—Nosotras — dijeron, largando la carcajada, mientras echaban a correr, temerosas.

Pero no me moví. Recordé los ojos puros de Leticia y pensé que no valía la pena pelearme con ellas.

Las ramas de los árboles, se entrelazaban. La arena brillaba azul, junto al remanso.

Me alejé del sitio donde el arroyo forma una peligrosa olla. Y allí estaba Leticia.

La cabellera abundante, una cascada de luz, sobre los hombros leves.

—Al fin te escapaste, no te dejaban venir.

—Es cierto, no me dejaban — repetí; pero me escapé porque quise contarte.

Leticia no me dejó seguir.

Me encogí de hombros, suspiré, yo sabía que ella sabía. Pero no pude acallar la ira.

—Esas chicas son víboras — reflexioné en vbz alta.

—No lo creo— rebatió, mirándome de soslayo entre la seda espesa de sus pestañas.

—Ellas son almas. Su naturaleza es pura y pacífica, sólo que...

No la dejé terminar.

—Eso no es cierto — rebatí.

Y ella al verme enojada, cambió de tema.

—Déjate crecer el pelo — aconsejo dulcemente.

El orgullo herido llovió desde mis ojos, quise agregar algo, pero Leticia me volvió a cortar. Esto me indignó.

—No dejes que el orgullo te resienta, no las odies.

—Pero... ¿de qué orgullo me hablas? — grité asustando los pájaros que dormitaban en las ramas.

Leticia bajó la vista mientras un rumor de alas se abatía sobre mi frente.

Creí que eran pájaros, pero no los vi, entre las ramas se recortó un retazo de cielo.

"Que tarde otra vez", pensé volviéndome para decírselo, pero mi amiga no estaba, y no me importó.

Salí al descampado. Algunos chicos remontaban barriletes lindísimos.

"Ojalá se cuelguen como el mío" pensé con rencor.

Una tarde que penetré la floresta encantada, vi a Leticia dibujando garabatos en la arena. Pero ... ¿qué es esto? — pregunté observando la forma oval, con un punto en el centro, que Leticia trazaba sobre la arena.

Es la forma de Dios, y nosotras somos un punto de luz. y estamos aquí — prosiguió, señalando su frente iluminada.

Me encogí de hombros. "Está loca pero la quiero igual", pensé, admirando el verde cambiante de los ojos oblicuos.

Junto a ella, sobre la arena azul, descansaba un ramo envuelto en papel de diario. Me senté a su lado, como si la hubiese visto el día anterior y habían transcurrido varios meses.

—Tu madre se pondrá furiosa cuando descubra que te escapaste. Me encogí de hombros y con vergüenza, le confesé.

—Vine porque te extraño, Leticia.

Leticia tomó mi mano entre las suyas, me miró a los ojos.

—Con lo mucho que te quiero y te enojas.

Sentí la garganta apretada, pero ella siguió diciendo cosas.

—Sé más tolerante, Marly.

Otra vez, hablando como una vieja — estallé.

—Soy vieja — contestó con seriedad, pero yo no escuchaba...

—Te dije que las chicas inventan cosas, y decís que tienen razón.

—¿Cuándo dije que tenían razón?

—¿Ya te olvidaste?

—Si vuelven a decirme algo...

—¿Por qué te enojas, Marly, ellas no comprenden.

No le contesté, no quería discutir, Leticia tampoco. Se echó boca arriba, la vista fija en el ramaje.

Lágrimas de indignación velaron mis ojos. Yo no quería que Leticia me viese llorar. Pero en mi corta vida, había tantas frustraciones.

Leticia seguía boca arriba sobre la arena, pero así de pronto, al verme llorar se incorporó.

—Pobre, Marly, no tenés fe — murmuró.

—Pero.. ¿ de que fe me hablas?

—Fe implica, saber que lo anhelado, se concretará .

Negué no era cierto, a mí las cosas nunca me salían.

Leticia se sintió dolida por mi agresividad. Lo leí en sus ojos y supe que la perdía.

Se levantó, recogió el ramo de flores, y entregándomelo:

—Las traje para vos, ponelas en agua fresca.

Atornillada en la arena, me las quedé mirando. Eran preciosas.

Baje la vista, no quería que Leticia me viese llorar, sin embargo cuando mis ojos velados de arrepentimiento la buscaron, ya no la encontré.

En la escuela me daban tantos deberes, que me pasaba el día escribiendo. Por eso cuando faltó la maestra aproveché para salir. A Leticia no la veía desde el verano, y la ansiedad alaba mis pies.

Me detuve junto a su precaria casilla de madera. Pero las plantas del jardín se habían secado. Sólo el viento deshojando los árboles del otoño.

Presté atención a los murmullos que pudieran delatarme su presencia, pero todo era quietud.

Entonces creí que me esperaba junio al arroyo.

Ráfagas heladas barrían la arena color ceniza y, todo era tan mustio y amarillo. El rincón de mi alegría había envejecido sin ella.

Volví a pasar junto a la casilla, pero ¿ a quien preguntar? Un perro flaco se acercó, temí que me mordiera y volví a casa corriendo.

Las hermanas Chas pasaban junto a mí ignorándome, y yo recordaba las palabras de Leticia: "Tener fe ..., ellas no comprenden..."

Un día saludé sonriente. No me contestaron. Pero volví a saludarlas, y no me sentí indigna, porque recordaba los ojos verdes de Leticia y recordaba su ternura.

Las estaciones cambiaban. Cada verano, el arroyo escondido recobraba su color.

Los peces, árboles, la arena. El aire verde navegaba entre la floresta...

Una noche soñé con un barco y vi a Leticia sonriendo desde la borda.

Su mano agitaba un pañuelo y yo ...

Al despertarme sentí gusto a sal en mi boca. Eran lágrimas.

Tocaron el timbre, Lito no se encontraba en casa, tampoco mamá. No me quedaba alternativa, tenía que salir, y atender.

—Ya voy — grité calzándome.

Cuando salí me encontré con Norma y Graciela Chas. Venían a buscarme para dar una vuelta. Pero yo no tenía ganas porque pensaba en Leticia.

Perdonen chicas pero no me siento bien — mentí, me duele la garganta.

Ellas no me creyeron.

—Que te mejores —contestaron sin convicción.

Después que se fueron me vestí rápidamente y salí. No paré hasta llegar al arroyo. Entonces, sentí la presencia de Leticia. Ella estaba muy cerca pero no podía verla; ¿por qué?

Me senté junto al agua y la llamé "Leticia ¿por qué te olvidaste de mí?"

Entonces el agua se encrespó y sentí frío. Olas vigorosas dibujaban montañas de espuma, que arrebatava el viento.

El aire se tornó neblinoso y apareció nítida la silueta del barco.

Parpadee. Leticia se hallaba sobre la borda. El pelo abundante, una cascada de luz sobre los hombros leves. La mirada verde se diluía, y yo seguía llorando,

tendiéndole mis manos, atornillada en la arena, mientras su clara imagen se confundía en la niebla. Lo último que vi, fue su mano: un pájaro blanco agitando el aire.

Y ya no pude contener mi llanto cuando una voz muy dulce me susurró al oído.

—Yo te quiero tanto Marly.

—Y yo también ... —agregó otra voz.

Me volví, Norma y Graciela Chas me sonreían.

Las abracé con ternura . Leticia y su barco habían partido para siempre.

---

